

tada, siempre el barco; en la primavera nada reverdece.

Ives había vuelto á comenzar, sin pena, su existencia de otros tiempos, sus costumbres de gaviero, su vida en la gavia, casi desnudo, al sol y al viento, con su cuchillo y sus amarras. No había contado los días, porque todos eran iguales, confundiéndose por la regularidad de los *cuartos*, por la alternativa de un sol siempre ardiente y de unas noches siempre puras. Había aceptado este tiempo de castigo sin medirle.

Pero los seis meses de la pena impuesta terminaban en aquel día, y el comandante debía darle orden de volver á tomar sus galones, su pito de plata y su autoridad de contramaestre. El jefe le dió la noticia amistosamente y con un buen apretón de manos; porque Ives, mientras había durado su castigo, se había conducido como verdadero modelo de valor y de disciplina; ninguna gavia estuvo nunca tan admirablemente servida como la suya.

Ives volvió adonde yo estaba y, muy regocijado, me dijo: — ¿Por qué no me había usted dicho que era hoy?

Habiánle prometido que si continuaba conduciéndose bien, su castigo se daría por completo al olvido. Decididamente el juramento solemne,

hecho sobre la cabeza vendada de su hijo, al terminar aquella noche terrible, le valía más de lo que él mismo había esperado.

LXXXIII

En la tarde del mismo día, hállase en mi cámara Ives, que trabaja, y trabaja de prisa, para poner, antes de que anochezca, los galones de sus mangas. Siempre parece extraño Ives, con su aire de truhán, cuando se dedica á la costura.

No son muy hermosos, que digamos, sus vestidos: los pobres han servido mucho. Al partir de Brest no era rico, y para no aumentar la *merma* de su paga, no había querido tomar muchas prendas en el almacén. Pero están muy limpias y tan bien cosidas y arregladas, que pueden pasar; los galones nuevos dan á la ropa cierto aire de frescura y de juventud.

Por otra parte, Ives tiene muy buen aspecto con cualquier cosa; y como á bordo no se engalana uno demasiado, sin ropa podrá tirar hasta la terminación de esta campaña. En cuanto á dinero, Ives no lo tiene; casi ha llegado á olvidar su uso y su valor, cosa que sucede con mucha frecuencia á los marinos. Porque él ha facultado

á su mujer en Brest para cobrar todo su *sueldo* y *haberes*, todo lo que gana.

Cuando llega la noche, la obra está concluída; dobla sus vestidos cuidadosamente, en seguida barre los hilachos que han caído en mi habitación. Infórmase después con toda exactitud del mes y del día en que se halla, enciende una bujía y se pone á escribir :

« En alta mar, á bordo del *Primauguet*, 23 Abril 1882.

» Querida esposa : Te escribo hoy algunas palabras de prisa en la cámara de D. Pedro. Echaré esta carta en el correo del mes que viene cuando lleguemos á las islas Hawai, un país... (estoy muy seguro de que no sabes dónde se encuentra).

» Es para decirte que he vuelto á coger mis galones, y que, puedes estar tranquila, ya no se me escapan otra vez. Ahora los he cosido muy firmes.

» Querida esposa : esto me prueba, sin embargo, que sólo hace seis meses justos que me separé de ti la última vez; aún no estamos muy cerca de volver á vernos. Por mí, tengo ya prisa de ir á dar una vuelta á Toulven, para estrecharte la mano y además instalar nuestra casa, y no solamente para eso, como tú comprendes, sino

para vivir algún tiempo contigo y ver á Periquillo correr algunos ratos. Será necesario que cuando regresemos me den una licencia muy larga, lo menos de quince ó veinte días; y aun puede ser que no haya bastante con veinte y tengamos que pedir treinta.

» Te diré, sin embargo, mi querida María, que á bordo soy muy dichoso, sobre todo por haber podido embarcarme con D. Pedro; esto era lo que yo deseaba hace mucho tiempo. Es una magnífica compañía; sobre todo muy económica para mí, que, como sabes, necesito ahorrar mucho dinero. Puede ser que antes de desembarcar me propongan para *segundo*, porque estoy muy bien con todos los oficiales.

» También quiero decirte que los *peces voladores*... »

¡Crac!... En el puente se oye sonar el pito, para decir :

« ¡Todo el mundo arriba para coger rizos! »

Ives desaparece, y nadie ha podido saber el fin de esa historia de los peces voladores.

Ives ha conservado con María su modo de ser y de escribir de niño. Conmigo ha cambiado; es otro Ives más pulimentado que el antiguo.

LXXXIV

La noche que sigue es clara y deliciosa. Continuamos caminando dulcemente por el mar del coral, con una brisa templada, adelantando con precaución por miedo de encontrar las islas blancas; escuchando el silencio, temerosos de oír el hervidero de los arrecifes.

Desde la media noche á las cuatro de la mañana, el tiempo del cuarto se emplea en velar en medio de aquella paz grande y extraña de las aguas australes.

Todo es azul verde, de un *azul noche* y un color de profundidad; la luna, que se halla muy alta, arroja sobre el mar reflejos que se mueven sin cesar como si en el espacio inmenso hubiese manos misteriosas que agitasen sin ruido millares y millares de espejitos. Las medias horas se deslizan, unas en pos de otras, tranquilas; la brisa igual, las velas ligeramente henchidas. Los marineros de cuarto, vestidos de dril, duermen en el puente, colocados en hileras, echados todos del mismo lado y encajonados unos en otros como series de momias blancas.

De media en media hora óyese la vibración de

la campana; entonces parten dos voces de la proa del buque que cantan, una en pos de otra, con una especie de ritmo lento: ; *Alerta á la serviola*, babor! dice la una; ; *Alerta á la serviola*, estribor! dice la otra. Este ruido, que parece, en medio de aquel silencio, clamor espantoso, sorprende. Después, las vibraciones de las velas y de la campana cesan y no se oye ninguna otra cosa.

Sin embargo, la luna va bajando con lentitud, y su luz azulada se debilita; ahora se halla más cerca de las aguas, y dibuja en ellas un resplandor grande y prolongado que anda.

La luna llega á parecer amarilla, apenas alumbra, como la luz de una lámpara que se extingue.

Poco á poco principia á crecer, á crecer; adquiere dimensiones desmesuradas y color rojizo, se desfigura, se sumerge, extraña, espantosa, ya no se sabe qué es lo que se ve: en el horizonte es un fuego grande y sin brillo, fuego de color de sangre.

Es demasiado grande para ser la luna; ahora, objetos lejanos dibujan delante sus enormes siluetas negras, torres colosales, montañas que se desmoronan, palacios gigantescos...

Se experimenta algo así como si un velo de tinieblas se apoderase de los sentidos; la noción

de la realidad se pierde. Parece que se siente la presencia de ciudades apocalípticas, de pesadas nubes de sangre, de maldiciones suspendidas sobre nosotros... Es la concepción de los espantos infinitos, de los aniquilamientos caóticos, del fin del mundo...

Un minuto de sueño interior que surge, mal que pese á la voluntad más firme y más serena; un delirio del que duerme de pie... sueño y delirio que se desvanecen muy pronto.

¡Espejismo!... Ahora ha concluído, y la luna se ha puesto. Allí no había otra cosa que el mar inmenso y los vapores errantes que anuncian la llegada del día; ahora que la luna no está detrás de ellos, ni aun se los distingue. Todo se ha desvanecido, y reaparece la noche, la verdadera noche, siempre pura y tranquila.

Muy lejos están de nosotros aquellos países del Apocalipsis, porque estamos en los mares del coral, sobre la otra cara del mundo, en que no hay nada sino el círculo, el espejo ilimitado de las aguas.

Un timonel ha ido á mirar la hora en el reloj.

Por deferencia á la luna debe anotar en este gran registro, siempre abierto, que es el *cuaderno de bitácora*, el momento preciso en que se pone.

En seguida vuelve para decirme :

— Capitán, ya es hora de despertar *el cuarto*.

¡Ya! ¡Terminadas ya mis cuatro horas de noche! Y el oficial de relevo va á presentarse en seguida.

Entonces mando : *¡Jefes y cargadores, á despertar el cuarto! (1)*.

Algunos de aquellos que en el puente dormían semejando momias blancas, se levantan, despiertan á algunos otros; se alijan una bandada de ellos y bajan del puente. Después óyense abajo, en el entrepuente, una veintena de voces que cantan, unas en pos de otras, un aire muy antiguo, alegre y burlón :

« ¿Has oído? Los de estribor, de pie, en cuarto, de pie, de pie, de pie... »

Van y vienen, se encorvan sobre las hamacas, y pasan sacudiendo con gran violencia á los que dormían.

Después mando de nuevo, en voz muy alta :

« ¡Arriba los de estribor; á la llamada! »

Salen entonces con precipitación, á medio vestir todos, bostezando unos, despreciándose

(1) Voz de mando reglamentaria. Á bordo, la tripulación está dividida en cierto número de *series*, cada una de las cuales forma el servicio de una pieza de artillería. El jefe y los artilleros de esa pieza deben conducir á los individuos de su serie y despertar á los que han de reemplazarlos en el cuarto.

otros, tropezando muchos. Se alinean por grupos en sus puestos, mientras que un hombre con un farol los mira y los cuenta. Los que dormían en el puente van abajo á ocupar los sitios que han dejado vacantes éstos.

Ives ha subido entre los de estribor, á quienes se ha despertado. Reconozco las notas de su pito de plata, notas que no había oído ya hacia cerca de un año. Después oigo su voz que, por primera vez, suena y manda en el puente del *Primauguet*.

Entonces le llamo oficialmente por su título, que acaban de devolverle : *Contramaestre de cuarto*.

Era solamente para darle un apretón de manos y darle la bienvenida antes de ir á dormir.

LXXXV

— ¡Hala un cabo á bordo, Goulven!

Era una aproximación muy difícil. Me dirigía yo, con un bote del *Primauguet* á abordar un barco ballenero de aspecto sospechoso, que no llevaba bandera.

Siempre en el Océano Austral, cerca de la isla Tonga-Tabou. El *Primauguet* hallábase anclado

en la bahía de la isla, dentro de la línea de los arrecifes, al abrigo del coral. El otro, el barco ballenero, permanecía en alta mar, como dispuesto á la huida, y la marejada era violenta cerca de él.

Enviábaseme para reconocerle; para ponerle *al habla*, como se dice en la profesión.

— ¡Hala á bordo, Goulven, hala!

Levanté la cabeza hacia el hombre que se llamaba Goulven, y era el que desde el barco sospechoso sujetaba la amarra que acababan de echarme. Su aspecto y su mirada me sorprendieron, por lo mismo que me eran muy conocidos; era otro Ives, menos joven, aún más moreno y tal vez más atlético; pero se parecía tanto en sus ojos y en su mirada, que era como una *contrafigura* de Ives mismo, que me impresionaba.

Había yo pensado, efectivamente, que algún día podríamos encontrar á este Goulven en alguno de los barcos balleneros con los cuales tropezábamos de tarde en tarde en las aguas del Océano; y con los que me ponía al habla si me parecían sospechosos.

Desde luego me dirigí á él sin hacer caso del capitán, que era un americano enorme, con cabeza de pirata y una barba larga y espesa

como las ovas marinas. Yo entraba allí como en país conquistado, y las fórmulas de cortesía me importaban poco.

— ¿Usted es Goulven Kermadec?

Y me adelantaba hacia él, tendiéndole la mano; tan seguro estaba yo de no equivocarme.

Pero él palideció y comenzaba á retroceder : tenía miedo.

Y observé que en un movimiento salvaje, casi de fiera, cerraba los puños, estiraba los miembros, como disponiéndose á resistir en una lucha desigual y desesperada.

¡Pobre Goulven! La sorpresa de oirme pronunciar su nombre, y luego mi uniforme y los dieciséis marineros armados que me acompañaban. Goulven había creído que yo venía, en nombre de las leyes francesas, para apoderarme de él, y era como Ives : ante la violencia se exasperaba.

Fué necesario un momento para tranquilizarle; después, cuando supo que su *hermano menor* era mi hermano, y que estaba allí, en el buque de guerra, me pidió perdón de sus temores con la misma sonrisa bondadosa y franca que tantas veces había yo visto en Ives.

La tripulación tenía una fisonomía original. El barco mismo presentaba todas las trazas de

una cueva de bandidos. Desgastado, estropeado por el mar al cabo de tres años de andar errante por las olas del Gran Océano, sin haber tocado tierra alguna civilizada; pero sólido aún, útil para navegar. De sus obenques, desde arriba á abajo, de cada una de las escalas, colgaban barbas de ballena que parecían largas franjas oscuras; hubiérase dicho que el barco había navegado bajo el agua y se había cubierto por una cabellera de algas.

En el interior estaba cargado de grasas y aceites de los grandes mamíferos que habían pescado. Había allí una verdadera fortuna, y el capitán se proponía regresar muy pronto á California, donde se hallaba su puerto.

Era aquella una tripulación *mixta* : dos franceses, dos americanos, tres españoles, un alemán, un grumete indio y un cocinero chino. Además, una peruana, medio desnuda como los hombres; era la mujer del capitán. Esta mujer amamantaba á un niño de dos meses, engendrado y nacido en el mar.

La habitación de esta familia estaba á popa, y tenía gruesas paredes de encina sólida, que la convertían en una especie de fortaleza y el interior era un arsenal de revólveres, *rompecrismas*, sables, etc., etc. Estaban tomadas todas las pre-

cauciones precisas para sostener allí, en caso necesario, un sitio contra toda la tripulación.

Por lo demás, los papeles estaban en regla. No había izado bandera porque no la tenía; las ratas se habían comido la última, de la cual me mostraron algunos pedazos: tenía los colores de América del Norte, blanco y rojo, con el cuartel estrellado. Nada había que pedir. Todo esto era perfectamente correcto.

Goulven me preguntó si conocía yo Plouherzel; dijele entonces que había dormido allí una noche, bajo el techo de su madre anciana.

— ¿Y usted, le pregunté, no piensa volver por allí?

Comprendí que aquel recuerdo le hacía padecer cruelmente.

— Ahora es ya muy tarde. Allí mi castigo habría de ocupar al Estado; estoy casado en California y tengo dos hijos en Sacramento.

— ¿Quiere usted venir conmigo á ver á Ives?

— ¿Irme con usted? replicó Goulven en voz baja y sombría, como asombrándose de que yo le propusiera eso. ¿Yo con usted? Pero ¿no sabe usted que soy desertor?

También en aquel momento Goulven era Ives; dijo aquellas palabras con un tono que me hizo daño.

Al fin y á la postre, yo me explicaba perfectamente sus temores de hombre libre y amante de su independencia; yo respetaba su terror de pisar tierra francesa, porque el puente de un buque de guerra francés es tierra francesa; á bordo del *Primauguet* había derecho para capturarle: era la ley.

— ¿Tiene usted, á lo menos, deseos de verle? dije.

— ¡Que si tengo deseos de verle! ¡Á él, á mi pobre Ives!

— Bien está, pues yo se lo traeré á usted. Cuando venga, solamente suplico á usted que le aconseje ser juicioso. ¿Me comprende usted, Goulven?

Goulven fué entonces quien me cogió la mano y la estrechó entre las suyas.

LXXXVI

Había yo aceptado el ofrecimiento de comer con el capitán *ballenero* al día siguiente.

Nos habíamos comprendido perfectamente. No tenía ninguno de los rasgos de los hombres educados con esmero; pero no era tampoco un hombre ignorante ó superficial. Además, aquel

era el único medio que yo tenía de llevar á Ives á su barco.

Temía yo que á la mañana siguiente nos encontrásemos con que el barco ballenero había desaparecido, volando durante la noche como un pájaro salvaje. Pero no; allí estaba, en el mismo sitio; con las franjas negras en sus obenques, destacándose sobre el gran espejo circular de las aguas, que aquel día estaban inmóviles, pesadas y bruñidas como corriente de plata. El convite, pues, era serio, y se me esperaba. Por precaución quiso el capitán que los lancheros que me acompañaban fuesen armados y permaneciesen allí todo el tiempo conmigo. Aquello venía perfectamente para Ives, y le tomé como patrón.

LXXXVII

El capitán me recibió en traje bastante correcto de *yankee*; la muchacha peruana, completamente transformada, llevaba un vestido de seda color rosa y un magnífico collar de perlas de la isla Pomotva; me admiro al observar que es hermosa y arrogante.

Ya estamos en el alojamiento de las espesas

paredes forradas de hierro. Hay poca luz, y la atmósfera es pesada; pero por las ventanillas se ven resplandecer cosas que parecen de encantamiento: un mar de azul lechoso con el brillo de la turquesa; una isla lejana, de un violáceo rojo del iris, y nubecillas anaranjadas que flotan en cielo profundo de oro verdoso.

Después, separando la vista de esas ventanillas abiertas, de estas contemplaciones de luz, aún parece más extraña aquella habitación, irregular bajo sus vigas enormes, con su arsenal de revólveres, de correas y de látigos.

Comemos en el banquete conservas de San Francisco, exquisitas frutas de la isla Tonga-Tabou; *agujas*, que son unos pececillos finos de los mares cálidos, bebemos vinos de Francia, *pisco* peruano y licores ingleses.

El chino que nos sirve lleva una túnica de seda de un color violeta *obispo* y zapatos con suelas de papel muy altas. La peruana canta una dancita de Chile, punteando en su bandurria ó vihuela una especie de acompañamiento que parece el monótono cascabelear de una mula al trote. Las puertas de la fortaleza están abiertas de par en par. Gracias á la presencia de mis dieciséis hombres armados, reina allí una seguridad y una intimidad verdaderamente conmovedoras.

En la proa, los hombres del *Primauguet* beben y cantan con los balleneros. Por todas partes hay jolgorio. De lejos divisaba yo á Ives y á Goulven; no beben, pero hablan y pasean. Goulven, que es más alto, tiene el brazo sobre los hombros de su hermano; éste rodea con el suyo la cintura de Goulven; aislados ambos en medio de los otros, se pasean y charlan en voz baja.

Las copas se vacían en todas partes en medio de brindis caprichosos... El capitán, que al principio parecía la estatua de una divinidad marina, ó la personificación de un río, se anima y ríe á carcajadas que hacen temblar todo su cuerpo; su boca se abre como la de un cetáceo y dice en inglés cosas muy extrañas, y tiene conmigo confianzas suficientes para hacerle colgar: la conversación se convierte en dulce charla de pirata.

La peruana se retira á su habitación, y entonces se hace venir á un marinero *dibujado*, á quien desnudan, por completo, á los postres. Le desnudan precisamente para que yo vea los dibujos que representan la caza del zorro.

El dibujo comienza en el cuello: cazadores, perros, caballos que galopan... todo eso bajando en espiral alrededor del tronco.

— ¿No ve usted todavía el zorro? pregunta el capitán riéndose cada vez con más ruido.

Va á ser muy divertido, á lo que parece, descubrir el zorro, cuando de antemano hace reir tanto. El capitán hace girar al hombre, ya ebrio del todo, alrededor de sí mismo, para seguir la cacería, que continúa bajando. Cerca de los riñones se interrumpe el dibujo y se adivina que aquello va á terminar.

— ¡He aquí el zorro! grita el capitán, de cabeza de río, en el colmo de su alegría salvaje, dejándose caer de satisfacción y de risa.

La bestia perseguida se metía en su madriguera, y no se la veía más que medio cuerpo.

Esta era la gran sorpresa final. Se invitó al marinero á brindar con nosotros por el trabajo de haberse dejado ver.

Ya era tiempo de ir á tomar un poco de aire puro en el puente: el aire fresco y delicioso de la tarde. El mar continuaba inmóvil, pesado; lucía desde lejos reflejando los últimos resplandores del lado de Occidente. Ahora bailaban los hombres al son de una flauta en la que un aficionado tocaba aires muy alegres.

Al bailar, los balleneros lanzaban sobre nosotros miradas de gatos, en que iban mezcladas, por partes iguales, la timidez curiosa y el menosprecio feroz.

Ives y Goulven se paseaban siempre abraza-

dos. Apresurábanse para lo que tenían que decirse en esta última conversación, conociendo que yo necesitaba partir pronto. Los dos hermanos se habían visto una vez quince años antes, cuando Ives era pequeño todavía, el día que Goulven había permanecido en Plouherzel, ocultándose como proscrito. Seguramente no volverían á verse nunca.

Ya era tiempo de partir. Ives y Goulven se abrazaron, y observé que Goulven lloraba.

Cuando volvíamos sobre el mar tranquilo y las primeras estrellas australes se encendían en el alto firmamento, Ives me hablaba de su hermano :

— No es muy feliz. No deja de ganar, sin embargo, y tiene en California una casita á la cual espera volver. Pero ¿qué quiere usted? Le mata la nostalgia.

El capitán me había jurado venir al día siguiente con su *peruana* á comer conmigo á bordo. Pero durante la noche el ballenero partió; no volvimos á verle.

LXXXVIII

— ¿Viene usted á cobrar también su asignación, señora Quémeneur?

— ¿También usted, señora Kerdoncuff?

— ¿Dónde navega ahora su marido de usted, señora Quémeneur?

— En China, señora Kerdoncuff; en el buque *Kerguelen*.

— También el mío, señora Quémeneur, viaja por allá, en el buque *La Venus*.

Este dúo se canta, por dos voces de falsete de sorprendentes tonalidades, en la calle de *Las Bóvedas*, en Brest, bajo una lluvia menuda y fría.

La calle de Las Bóvedas está llena de mujeres que esperan allí desde por la mañana, á la puerta de un edificio granítico bastante feo: *Caja de los marineros*. Mujeres de Brest, á quienes la lluvia fría ya no impresiona, hablan alegremente, con los pies en el agua, oprimidas contra las tapias de la callejuela triste, bajo la niebla gris.

Es el primer día del trimestre. Forman cola para ser pagadas; ¡ya era tiempo! El dinero

faltaba en todos aquellos alojamientos oscuros de la gran ciudad.

Mujeres cuyos maridos navegan muy lejos, van á cobrar su asignación : el sueldo que sus maridos les dejan de lo que ellos ganan.

Después irán á bebérselo. Existe allí, enfrente, una taberna que han establecido ex profeso. Se titula *Á la madre de familia*, en casa de la señora de Pétavin. En Brest suelen llamar á este establecimiento *Taberna de la asignación*.

Conforme la hora se aproxima, la muchedumbre de las borrachas aumenta. La caja está sitiada; hay ya contestaciones agrias á la puerta, que se abre por último.

María, la mujer de Ives, está allí también, entre aquella confusión inmunda, teniendo á Periquillo cogido de la mano. Un poco triste, algo tímida, porque experimenta un vago terror de todas aquellas mujeres, deja pasar á las que parecen más impacientes y se recuesta sobre la pared, hacia el lado por donde llega menos la lluvia.

— Entre usted, señorita, en vez de dejar que se moje de esa manera ese precioso niño.

Habla la señora Pétavin, que acaba de presentarse en la puerta de su tienda, sonriendo amablemente.

— ¿Quiere usted que le sirvan algo? ¿Un poco del dulce?

— ¡Oh, muchas gracias! No bebo, dijo María, que, viendo la taberna casi vacía, ha entrado, por temor de que su hijo se resfríe. Pero si molesto...

Seguramente no; María no molestaba en manera alguna á la señora Pétavin, que era de suyo bondadosa y que la hizo sentar.

He aquí á la señora Quémeneur y á la señora Kendoreuff, las primeras que han cobrado, que entran, cierran sus paraguas y toman asiento.

La señora Quémeneur, de cara achatada, de grandes mandíbulas y vientre abultado, lleva un impermeable de hule y un gorro de tul con adornos azules.

La señora Kerdoncuff, enfermiza, verduzca, enseña un rostro delgaducho bajo un sombrero adornado de dos rosas con su follaje correspondiente.

— Señora, señora, ponga usted un *cuartillo* en dos copas.

— Es inútil decir de qué es el *cuartillo* : de aguardiente se trata, y de lo más fuerte.

Estas señoras continúan su conversación.

— Entonces, ¿qué hace su marido de usted en el *Kerguelen*, señora Quémeneur?

— Es jefe de gavia, señora Kerdoneuff.

— También el mío es jefe de gavia, señora Quémeneur. ¡Oh! Las mujeres de dos jefes bien pueden beber juntas. ¡Á la salud de usted, pues, Victoria!

Estas señoras ya se llaman por los nombres de pila: las copas se desocupan.

María vuelve hacia ellas su mirada serena; examínalas con curiosidad, como se hace con los animales en las granjas. Después experimenta deseos de salir; pero sigue lloviendo á cántaros, y en la puerta de la caja hay mucha gente todavía.

— ¡Á la salud de usted, Victoria!

— ¡Á la de usted, Francisca!

Vamos, el litro pasará.

Estas señoras se confían sus apurillos. Es muy difícil llegar desde el uno al otro extremo del trimestre. Pero ¿qué se ha de hacer? ¡Bah! El panadero ya podrá esperar al trimestre próximo. El carnicero, vamos, al carnicero se le entregará una cantidad á buena cuenta. Hoy, en día de paga, ¿cómo no se ha de alegrar una un poco?

— Yo, sin embargo, dice la señora Kerdoneuff con una sonrisa de coquetería llena de reticencias maliciosas, no soy muy desgraciada, porque tengo un *veterano* á quien alquilo un cuarto

amueblado, y que es contra maestre en el puerto.

Está comprendido; sonrisa parecida ilumina el rostro chato de la señora Quémeneur.

— Vamos, como yo: yo tengo un furriel; ¡á tu salud, Francisca! (Estas señoras se tutean). Es muy amable mi furriel... ¡si tú supieras!...

Y con esto queda abierto el capítulo de las íntimas confianzas.

María Kermadec se levanta. ¿Ha comprendido bien? Muchas de aquellas palabras le son desconocidas, de seguro; pero el sentido es transparente, y los ademanes y gestos lo aclaran más. ¿Existen realmente en el mundo mujeres que puedan decir esas cosas? María sale de allí, sin volver la cabeza, sin dar las gracias, roja de vergüenza, y conociendo que toda su sangre se le ha subido á las mejillas.

— ¿Has visto á ésa? ¿Qué mosca le habrá picado?

— ¡Bah! Es una aldeana. Todavía lleva cofia de Bannalec, que ya no se estila por el mundo.

— ¡Á tu salud, Victoria!

La taberna se llena; á la puerta se cierran los paraguas, se sacuden los impermeables, todas las señoras entran; circulan los litros.

En el hogar hay niños que lloran, chiquillos macilentos que tienen hambre y frío... ¿qué im-

porta? Es día de paga : ¡á tu salud, Francisca!

Cuando María estuvo en la calle, divisó un grupo de mujeres con gran cofia que habían permanecido apartadas para que pasase el alud de las desvergonzadas : fuese inmediatamente á tomar sitio á su lado, para encontrarse en honrada compañía. Había entre ellas ancianas de las aldeas que habían venido á cobrar la asignación dejada por sus hijos y que permanecían bajo sus paraguas de algodón, con el semblante digno y serio que las aldeanas adoptan generalmente en la ciudad.

Esperando su vez, trabó conversación con una anciana de Kermazeau, que le contó la historia de su hijo, artillero de *La Astrea*. Parece que en sus primeros años había sido algo loco, lo mismo que Ives; pero con los años había ido arreglándose; nunca debía desesperarse de los marinos.

De todas suertes, en su indignación contra las mujeres de Brest, María había adoptado una determinación : marcharse á Toulven á toda costa y, si era posible, al día siguiente.

Ya en su casa, púsose á escribir á Ives una carta extensa y razonada, explicándole las causas de su resolución. Es verdad que el alquiler de la *Recouvrance* corría aún durante tres meses, y la

casita de Toulven tardaría mucho en estar acabada; pero ella ahorraría todo eso á fuerza de economías y de trabajo. Ella repasaría ropas, encañonaría las grandes gorgueras de sus paisanas, trabajo muy difícil, pero que ella sabía hacer perfectamente, empleando un juego de cañas muy finas.

Contó en seguida, en aquella carta, las cosas nuevas que Periquillo sabía decir y hacer; puso además, en términos sencillos, su ternura por el ser ausente : agregó un mechón de cabellos de una cabeza negra é inquieta; después encerró todo en un sobre, y escribió :

« Al señor *Kernadec* (Ives), jefe de gavia á bordo del *Primauguet*, en los mares del Sur; al cónsul de Francia en Panamá, para que la envíe en busca del navío. »

¡Pobre carta! ¡Quién sabe! Quizá llegue. No es imposible; llegan algunas. Dentro de cinco meses... de diez meses... toda manchada y cubierta de sellos americanos... llegará tal vez para llevar á Ives el profundo amor de su mujer y los cabellos negros de su hijo.